

El cuerpo-objeto: una mirada al proceso de identidad y subjetivación masculina en el contexto marginal presente en *El Río* de Alfredo Gómez Morel

The body-object: a look into the process of identity and masculine subjectivation in the marginal context present in *El río* de Alfredo Gómez Morel

Ana María Cristi Cabello
Universidad de Playa Ancha
ana.cristi.c@gmail.com

SÍNTESIS

*La noción de masculinidad ha sido tema de discusión constante en los últimos años, debido a la deconstrucción de paradigmas genéricos que se suponían rígidos e invariables. Así, ampliar la definición del término masculinidad a una pluralidad de masculinidades supone considerar al género como un proceso de construcción social, en el que intervienen aspectos étnicos, económicos, políticos y culturales. Desde esta perspectiva, el siguiente artículo analiza el proceso de construcción de masculinidad en el contexto socio-político marginal presente en la obra literaria *El Río* de Alfredo Gómez Morel (1962). Para ello, se examinará el tránsito entre la identificación masculina y el proceso de subjetivación de género que se narra en la novela, prestando especial atención a las variantes que constituyen el código lumpen, tales como cuerpo, jerarquía, dominación, entre otros. La propuesta de lectura, en este aspecto, busca hacer visible las múltiples masculinidades heterogéneas que surgen en *El Río*.*

ABSTRACT

*The notion of masculinity has been constantly the subject of discussion in recent years due to the deconstruction of generic paradigms that were supposed to be rigid and invariable. Thus, broadening the definition of the singular term masculinity to a plurality of masculinities implies considering gender as a process of social construction in which ethnic, economic, political and cultural aspects intervene. From this perspective, the following article analyzes the process of construction of masculinity in the marginal socio-political context present in the literary work *El Río* by Alfredo Gómez Morel (1962). To do this, it will be examined the transition*

between male identification and the process of gender subjectivation that is narrated in the novel, paying special attention to the variants that constitute the lumpen code such as body, hierarchy, domination, among others. The reading proposal, in this aspect, seeks to make visible the multiple heterogeneous masculinities that arise in El Río.

Palabras clave: masculinidad, marginalidad social, El Río, Alfredo Gómez Morel, subjetividad.

Keywords: masculinity, social marginality, El Río, Alfredo Gómez Morel, subjectivity.

“Me avergonzaba eso, yo quería ser un hombre duro, sin llantos, sin sentimentalismo, como eran los demás hombres, como era mi padre, por ejemplo. Pero era inútil...”

MANUEL ROJAS, *Lanchas en la Bahía.*

Las construcciones de género se caracterizan por basarse en estructuras culturales, usualmente normadas, que apuntan a la regulación de conductas y costumbres tanto de sujetos como de comunidades. En este aspecto, lo considerado como “femenino” y “masculino” se relaciona con una división binaria que logra categorizar cuerpos y comportamientos dentro de una sociedad. Dicha dualidad binaria ha permitido conformar una separación radical entre ambos géneros, proporcionando a la masculinidad un conglomerado de atributos que, en contraposición a la femineidad, permiten concebir al hombre en sociedad.

Sin embargo, hablar de masculinidad desde la preconcepción de un concepto unívoco resulta sumamente difícil, pues, a la fecha, son múltiples los estudios que desde la década del setenta han contribuido a esclarecer y diversificar la noción de género y masculinidad. En esta línea, el género masculino se concibe como una construcción permanente y heterogénea, la cual se gesta mediante el cruce de diversas influencias sociales y culturales, cuyas características logran supeditar, en diverso grado, a los sujetos que se identifican o son identificados con el sexo biológico masculino.

Así, pues, los estudios que consideran los factores sociales, económicos, étnicos y culturales que circunscriben la concepción de masculinidad invitan a concebir el término desde la heterogeneidad, para ampliar el significado hacia múltiples significantes. Es decir, extender el concepto de masculinidad hacia múltiples masculinidades: plurales, diversas, singulares, híbridas, contradictorias, etc. En este aspecto, el ideal cultural de hombre occidental es puesto en cuestión, haciendo visible todos aquellos atributos hegemónicos que históricamente han permitido elaborar una imagen de superioridad socio-política ante otras masculinidades y ante la mujer.

En esta perspectiva, destaca el estudio de R.W Connell (2003) quien sistematiza las diferentes masculinidades que subyacen a la masculinidad hegemónica. Según Connell la masculinidad hegemónica se caracteriza por la legitimación de prácticas y actitudes que sustentan el patriarcado y que garantizan la posición dominante de los hombres blancos, heterosexuales, económicamente sustentables y dotados de agencia política. Mientras que, por otra parte, existen tres tipos de masculinidades que se separan de la masculinidad hegemónica: la masculinidad subordinada, la masculinidad cómplice, y la masculinidad marginal o marginada. Cada una de estas masculinidades responde a una relación asimétrica entre la masculinidad hegemónica y sus opuestos. En primer lugar, la masculinidad subordinada da cuenta de las relaciones de dominio y subyugación que se establecen entre hombres, por ejemplo, entre hombres heterosexuales y hombres homosexuales. En segundo lugar, la masculinidad cómplice hace referencia a aquellos hombres que participan de la hegemonía (disfrutan de sus privilegios), pero no se identifican plenamente con ella, estableciendo vínculos con las "minorías", sin comprometerse con ellas. Y, en tercer lugar, la masculinidad marginada responde a los hombres que no encajan (o se identifican) con los atributos que caracterizan a la masculinidad hegemónica, y muchas veces, tampoco con los parámetros de la sociedad normada.

En Latinoamérica, los análisis precursores sobre masculinidad nacen desde los estudios feministas, cuyos ejes temáticos proponen visibilizar y cuestionar la situación de la mujer subordinada al dominio masculino. En esta perspectiva, se problematizan las identidades sociales de género que emergen desde la Colonia, tales como el

machismo y el marianismo, con el fin de objetar las construcciones sociales de género que hacen posible que esté socialmente validada la desigualdad establecida entre hombres y mujeres. En este registro, a partir de los años ochenta, la masculinidad se vuelve objeto de interés para los estudios de género, con la finalidad de desnaturalizar “lo masculino”, en vistas a dilucidar aquellos procesos de construcción y reproducción del género.

En este contexto, resulta sumamente provechoso indagar en la literatura (comprendiendo en esta su valiosa proyección de pensamiento y sociedad) aquellas fisuras que permiten concebir la masculinidad desde un panorama amplio y heterogéneo. El análisis de la literatura facilita comprender el imaginario que predomina en una sociedad y, al mismo tiempo, el imaginario marginado de ésta, es decir, el imaginario reprimido o desvalorado por el canon literario de aquella sociedad. Así, pues, en el presente artículo se analizará la masculinidad que aparece en la obra literaria *El Río* de Alfredo Gómez Morel (1962), puesto que esta obra se posiciona como un escenario propicio para analizar el proceso de identidad y subjetivación masculina dentro del ambiente socio-político marginal chileno de mediados del siglo pasado.

El Río se caracteriza por ser un libro autobiográfico de gran impacto, ícono representativo de la literatura catalogada “de bajos fondos”. Paulatinamente, la obra ha sido posicionada dentro de la literatura como uno de los importantes trabajos narrativos que iluminan la confesión y la memoria en las letras nacionales. La obra, tildada de “clásico de la miseria” por el poeta Pablo Neruda¹ (1978), se caracteriza por encarnar una narrativa desbordante y vitalista, que logra retratar la jerarquía y la compleja arquitectura de los códigos de conducta existentes entre los integrantes de los grupos marginales de la capital. Allí, Alfredo Gómez Morel da forma literaria a sus memorias más oscuras y relata aquellos acontecimientos de su vida que lo han llevado a pertenecer al submundo del hampa y su intento, casi agónico, de salir de aquél.

No obstante, cabe mencionar que los estudios en torno a la obra *El Río* son escasos y usualmente relacionados a la construcción social del sujeto que habita en los márgenes. En este sentido, destacan Claudia Darrigrandi (2015) quien indaga en la obra de Gómez Morel las jerar-

quías sociales que se gestan en los grupos delictuales y sus influencias en la identidad individual y social de los niños que integran dichos grupos. Para la autora, la masculinidad en *El Río* es vinculada a la concepción primigenia de virilidad que supone la pugna desgarrada entre los cuerpos que componen las masas marginales. Por otra parte, Cristian Opazo (2009) realiza un vínculo entre la narrativa de Alberto Fuguet y la de Alfredo Gómez Morel en consideración a las estrategias discursivas que permitan dar cuenta de las *desviaciones* del género sexual masculino en ambas obras. Mientras que, Diamela Eltit (2004) analiza brevemente los espacios de poder que se relacionan con la masculinidad, en consideración con las transacciones sexuales del cuerpo, las violaciones en grupo y el respeto jerarquizado entre los desaharrapados del Mapocho.

En vistas de lo anterior, el presente artículo tiene por objetivo analizar la construcción de masculinidad en el contexto de margen o exclusión social que caracteriza la vida de los niños y jóvenes que habitan los bordes del río Mapocho en la primera obra literaria de Alfredo Gómez Morel. Para ello, se analizará el proceso de identificación social homogénea que atraviesa el narrador respecto a su género masculino, para, posteriormente, examinar cómo dicho proceso de identificación transita y se transforma en una subjetivación heterogénea de su propia masculinidad. Dicho análisis busca proponer una lectura crítica de la obra literaria *El Río* con la intención de visibilizar la particularidad con que la(s) masculinidad(es) surge(n) dentro de un contexto social marginado por el orden cívico-político nacional.

EL DESCUBRIMIENTO DE LA HOMBRÍA: LOS CÓDIGOS DEL DELINCUENTE Y SU HOMEOSTASIS CON LA CONCEPCIÓN CULTURAL DE MASCULINIDAD.

“Yo también lucharé, pero a mi manera. (...) El mismo día en que concluí de rendir la última prueba, con la libreta de notas en la mano, me fui por tercera y última vez al río. Era la definitiva”. (Gómez Morel 116) Con esta decisiva sentencia Alfredo Gómez Morel conmemora y relata el momento en que decide hacer del río su nuevo hogar. Este punto de quiebre en la narración, da cuenta del viaje sin retorno en el que se sumerge Gómez Morel y en el que transita durante gran

parte de su vida. Este acontecimiento disruptivo, que implica dejar la sociedad normada de la ciudad para ingresar en los albores marginales del Mapocho, significa para el escritor conmemorar mediante la representación literaria el comienzo de su fragmentación como sujeto. Dicha fragmentación se muestra en la obra mediante la imagen de múltiples nombres que le son asignados durante todo el transcurrir de la novela. En este aspecto, la aparición de cada nombre implica el advenimiento de una nueva identidad adjudicada y requerida para sobrevivir en cada etapa que marcó su historia: “desde entonces me llamaron Toño: mi tercer nombre. Creo que aún lo llevo porque tengo mucho río en las venas” (60). En efecto, identificarse con el nombre dado resulta para el narrador el modo de aceptar la nueva vida que le ofrece el río: dejar atrás las manos maltratadoras de la madre, los recuerdos amables de su primera infancia, los reiterados abandonos de la familia y los constantes abusos de las instituciones. Para Gómez Morel aceptar el nombre de “Toño” implica comenzar a vivir de nuevo, implica comprender las nuevas leyes y jerarquías del mundo rudo y extravagante del Mapocho que “impedían la entrada de cualquiera y por cualquier motivo” (112).

Sin embargo, una vez decidido a entrar en los márgenes del río, Toño no tarda en situarse al alero de “Panchín”, quien será su iniciador en el submundo del hampa. Éste le enseña a robar en la ciudad, escabullirse de la policía, vender las especies robadas y mantenerse a salvo de la violencia callejera. Al mismo tiempo, cobija a Toño en su “casucha” y lo integra en las conversaciones con los otros rateros sin, incluso, pedir la autorización a los líderes del grupo. Junto a Panchín, Toño logra conocer los primeros códigos que se necesitan para relacionarse dentro del sistema lumpen, siendo la lealtad y el compañerismo las primeras normas que se requieren para fomentar el lazo *entre pares*. Este lazo que se gesta entre *hombres* supone la concepción de lealtad como parte fundamental del código de honor entre rateros, pues, un ratero honorable se sabe dispuesto a desarrollar profundos lazos filiales trabajando cooperativamente con sus pares para la realización de sus facinerosas tareas. Sin embargo, en ese contexto, resulta interesante interpretar la relación que se genera entre ambos muchachos desde una perspectiva iniciática, ya que es Panchín quien le enseña a Toño (tal como un padre a su hijo) las

primeras maniobras delictuales que le permitan a éste sobrevivir en el río y transformarse en un ladrón de honor. Así de este modo, el honor y la lealtad se conciben como parte fundamental de la subcultura patrilineal que, al igual que en la ciudad, impera en el río. A este propósito José Bengoa (1996) indica:

El honor, ese concepto lleno de acechanzas psicoanalíticas, estará en el centro de la cultura masculina (...) la honra tiene que ver con el buen decir, con el que se hable bien de uno, con el llevar en "alto su nombre" (...) es por ello que la honra o el honor se transmiten, de hombre a hombre (...) es en la primogenitura donde se concentra por lo tanto todo el honor, toda la honra, toda la historicidad acumulada. (69-70)

El honor que se valora en la jerarquía del hampón² se caracteriza por ser una de las cualidades que permite sostener la estructura del grupo delictual y, al mismo tiempo, las relaciones filiales entre los integrantes de dicho grupo. En este aspecto, se visualiza en la obra cómo Toño comienza a considerar y aprender los primeros códigos que norman y determinan su futura posición dentro del grupo que habita el Mapocho. No obstante, si bien es Panchín quien, en una primera instancia, acoge a Toño, orientándolo y "educándolo" como un hombre de río, no es sino con la llegada del "Zanahoria" que Toño experimenta, por primera vez, el deseo de identificarse con su masculinidad para proyectar ante el grupo una *hombría delictual*. Esta particular imagen de hombría se sustenta en los innumerables relatos que giran en torno al Zanahoria, conocido como el famoso "príncipe del hampa" (135). Así lo manifiesta el narrador:

Había oído hablar de él solamente. Era el personaje legendario del río, y acaso el más importante. Como muchos de nosotros, se había criado junto a las aguas del Mapocho. Por la descripción que los cauros hacían, por las hazañas que relataban y por el coraje que le atribuían, era para mí un ser fabuloso e inalcanzable. Tal vez era como ese ser de mito y leyenda que todo niño desea idealizar y amar en su infancia para que su personalidad se realice (...) Gran título de honorabilidad delictual poseía (...) a los dieciocho años ya había dado muerte a cuatro seres humanos, luchando a puñaladas con otros tantos y dirigido innumerables delitos. (134-138)

El narrador deja de manifiesto su admiración por aquel sujeto que ostenta la capacidad de ejercer la violencia extrema y el manejo del grupo. Estas “cualidades” delictuales hacen de la figura del Zanahoria una mitificación de lo abyecto, en tanto exalta las características propias de un depredador. De este modo, se evidencia cómo el carácter de Toño comienza a formarse en la base de ciertos códigos que enaltecen la violencia como símbolo supino de coraje, poder y virilidad, tal como lo enuncia Michel Kaufman (1989):

La violencia masculina contra otros hombres es más que la suma de diferentes actividades y tipos de conducta. Además de los factores autónomos que involucra, esta forma de violencia representa una descarga de agresión y hostilidad, a veces recíproca, a veces unilateral, que junto al permanente potencial de violencia masculina contra otros hombres, refuerza el hecho de que, tanto a nivel individual como de estado, las relaciones entre hombres son relaciones de poder. (48)

Desde esta perspectiva, el sujeto marginal relaciona la hombría con la manifestación anti-heroica de la violencia y la subordinación de otros a su dominio. La masculinidad, en este aspecto, supone una íntima correspondencia con el conflicto, el sometimiento y la autoridad. Así pues, “la violencia puede convertirse en una forma de reclamar o asegurar la masculinidad en las luchas de grupo” (Connell, 2003, 125), puesto que en el contexto de la novela “un hombre no se define por lo que es, sino por lo que hace” (De la Parra, 2003, 23). De esta forma, la identidad de Toño comienza a construirse mediante su participación en la comunidad delictual del río, asimilándose o identificándose con las prácticas que validan la masculinidad mediante la fortaleza, la acción y la violencia. En este aspecto, “para hacer valer su identidad masculina deberá convencerse y convencer a los demás de tres cosas: que no es una mujer, que no es un bebé y que no es homosexual” (Badinter, 1993, 51, Cit. En García, 2016, 146).

Al mismo tiempo, obedeciendo la jerarquía del lumpen, Toño se ve *obligado* a acatar con extremo cuidado los mandatos otorgados por sus superiores, pues, en su calidad de novato y “recién llegado” debe atravesar por distintas empresas delictuales que permitan demostrar su gallardía y validar su lugar en el grupo. Esta situación jerárquica

ya la había sopesado al incursionar en sus primeros robos junto a Panchín, siendo esta situación la que lo posicionó como un “pelusa”. Esta categoría da cuenta de una minuciosa clasificación que se sostiene por parte del grupo, respecto a los actos que definen al sujeto *marginal*:

Panchín ya es cabro del Río. Escalón superior. Para llegar a él se necesitan unos tres años de permanencia en el río, y demostrar que se posee iniciativa, decisión y otras capacidades [...] Hay que soportar sin respingos ni quejas las flagelaciones policiales. De cabro del río se asciende a cargador, ayudante de ladrón. Uno carga con el producto de los robos y si lo sorprenden, tienen que soportar los golpes sin delatar al compañero. Quien subió este escalón, puede entrar a la rueda de los choros; su voz y opinión son tomadas en cuenta cuando se prepara un delito (...) Para licenciarse hay que dar prueba, entrando el primero al lugar del hecho, soportando flagelaciones [...] a estos requisitos se unen ciertos adornos: cantar cuecas achoradas, beber barniz cortado con limón y violar una que otra vez a los novatos que pretenden entrar al mundo del delito. (157-158)

La jerarquía del grupo delictual se estructura de acuerdo al nivel de audacia que se requiere para cometer diversos actos criminales en la ciudad. Y, al mismo tiempo, se estructura mediante la capacidad de superioridad corporal entre varones que permita la subordinación de los más débiles o novatos. En este aspecto, resulta interesante considerar cómo la subyugación del cuerpo se vincula con el deseo sexual y las ansias de dominación. A través del uso de la violencia, los diferentes integrantes del grupo logran determinar categorías o roles que circunscriben el advenimiento del poder y las relaciones complementarias entre fuertes y débiles y dominados y dominadores, pues, “la violencia, o la amenaza de violencia, es un mecanismo utilizado desde la niñez para establecer ese orden jerárquico, garantizando el disfrute continuo de privilegios y ejercicio de poder” (Olavarría, 2017,124).

Asimismo, el deseo sexual narrado en *El Río* se caracteriza por estar directamente vinculado con dicho ejercicio de poder. La verticalidad jerárquica que sustenta la cosmovisión del hampa permite fisurar el ideal de heterosexualidad masculina, para comprender el deseo sexual desde el campo de la dominación y el poder. En este aspecto,

pareciera no importar demasiado el género del cuerpo dominado, sino más bien, hacer justicia a la concepción del hombre fuerte y viril que es capaz de penetrar y subordinar a otros cuerpos en vistas de mantener su dominio, pues tal como indica Pierre Bourdieu (2000) :

La virilidad, incluso en su aspecto ético, es decir, en cuanto que esencia del *vir*, *virtus*, *pundonor* (*nif*), principio de la conservación y del aumento del honor, sigue siendo indisociable, por lo menos tácitamente, de la virilidad física, a través especialmente de las demostraciones de fuerza sexual (...) que se esperan del hombre que es verdaderamente hombre. (12-13)

El deseo sexual vinculado al deseo de poder se manifiesta como parte del rito iniciático que deben atravesar todos los jóvenes y muchachas que ingresan en los márgenes de la capital, ya que “como la ciudad, el río también tiene sus jerarquías y los delincuentes son celosísimos con ellas. Hay escalas y cuesta mucho subirlas” (Gómez Morel, 2012, 157). Por otra parte, cabe destacar, que el deseo de poder también se encuentra estrechamente relacionado con el deseo de supervivencia. Este instinto primario es común para la mayoría de los jóvenes que, desde muy temprana edad, han buscado en las laderas del Mapocho un lugar de resguardo. Estos muchachos como Toño, Panchín o el Zanahoria comparten la característica social de *huachos*³ y buscan en un grupo similar la posibilidad de sobrevivir a los embates de una sociedad profundamente desigual y fragmentada⁴.

Desde esta perspectiva, se logra visibilizar cómo *El Río* narra los procesos de identificación social y personal que estructuran la autoimagen de Alfredo Gómez Morel. Respecto a este proceso de identidad, la masculinidad pareciese ser aprehendida por el narrador al mismo tiempo que comparte una predilección por los hábitos delictuales. En este punto, resulta interesante considerar que las prácticas y normas del hampón parecieran evidenciar una cierta equivalencia con las prácticas apreciadas como viriles. Aquella convergencia se evidencia en la similitud que subyace de las relaciones de poder y sus proyecciones en las prácticas de dominación.

No obstante, en este punto, se introduce una problemática que no permite dar por sentado la total convergencia o asimilación entre la identidad del hampón y la identidad de género masculina. Esta

problemática aparece si se considera al género como “el conjunto de ideas sobre la diferencia sexual que atribuye características “femeninas” y “masculinas” a cada sexo, a sus actividades y conductas, y a las esferas de la vida” (Lamas, 2000, 57). Desde esta perspectiva, se advierte que el uso del cuerpo para fines que no son estrictamente catalogables como viriles o más bien, que se escapan del registro de la *hombría*⁵ rompe con aquellos criterios que sentaban ese supuesto vínculo o paralelismo referido entre la identidad del hampón y la identidad masculina. En otras palabras, el citado paralelismo se rompe cuando se advierte que las normas que dictaminan los límites del uso del cuerpo del hampón son traspasadas, pues en esta infracción también se traspasarían los límites de la *hombría*.

Esta disimilitud permite abrir el panorama para establecer una diferencia entre una identidad predicada y el proceso de subjetividad. Dicha diferencia se visualiza en *El Río*, toda vez que se considere que dentro del mundo del hampa los hombres, buscando su propio acontecer en el mundo, deshacen y rehacen a su conveniencia todas las convenciones sociales, incluso aquellas más arraigadas como es el género.

EL USO Y CONCEPCIÓN DEL CUERPO: EL CAMINO DE LA SUBJETIVIDAD MASCULINA

El proceso de subjetivación apunta a la capacidad o disposición de un sujeto para actuar sobre sí mismo, para transformar su ser social o su identidad dada, a partir de la estrecha relación entre sociedad y sujeto. Este proceso se caracteriza por el vínculo que se gesta entre los poderes y normas que median la sociedad y la capacidad del sujeto para construirse a sí mismo tomando o eligiendo *algunas* de las características proporcionadas por ésta⁶. Se comprende de este modo que cada sujeto estaría medianamente facultado para elaborar y modificar su propio modo de ser y habitar en el mundo, “es decir, constituir un interior del exterior, constituirse como el pasajero por excelencia, meterse en el interior del exterior” (Deleuze, 2015, 125).

De esta manera, cabe distinguir, por un lado, el carácter de “estar sujeto” a una determinada sociedad, descubrirse sujetado a una normalidad cualquiera, es decir, encarnar *pasivamente* una iden-

tividad, y, por otro lado, el proceso *activo* de la sujeción mediante el cual un individuo o un grupo (de seres sujetos, se diría) se zafan o desembarazan parcialmente de la normalidad a la que pertenecen y de la estandarización que les mide y les otorga un lugar definido en la sociedad.

La construcción de subjetividad posibilita la capacidad del sujeto para rehacerse constantemente. Desde esta perspectiva, se logra concebir al sujeto, desde su génesis, como un ser fragmentado, variable y múltiple, cuya movilidad permite visualizar todos aquellos procesos heterogéneos que dan cuenta de su configuración como tal, pues tomando las palabras del filósofo Gilles Deleuze (2007) cabe considerar que:

El sujeto se define por un movimiento y como un movimiento, movimiento de desarrollarse a sí mismo. Lo que se desarrolla es sujeto. Ese es el único contenido que se le puede dar a la idea de subjetividad: la mediación, la trascendencia. Pero observaremos que el movimiento de desarrollarse a sí mismo o de llegar a ser otro es doble: el sujeto se supera, el sujeto se reflexiona (...) En una palabra: crear e inventar: he ahí lo que el sujeto hace como sujeto. (91)

Esta afirmación permite reforzar la idea de que se da de manera vinculada, por una parte, ese carácter de sujeto "sujeto" a unas convenciones sociales que le forjan hasta un cierto punto como un ente sin voluntad y, por otro lado, el carácter del sujeto "activo", donde el individuo alcanza un cierto grado de libertad que le permite transformar ese "ser dado", poniendo en jaque los poderes dominantes que estructuran y marcan su vida como ente social.

Considerando lo anterior, resulta importante atender a los procesos de subjetividad masculina que son narrados en *El Río*⁷ en alusión al uso del cuerpo y la reformulación de la virilidad. Así pues, en el apartado "El cauce" Gómez Morel relata en detalle el procedimiento de subordinación sexual que los "pelusas" ejercían contra los niños que ingresaban al sector que antecede a las aguas del Mapocho. Este procedimiento se caracteriza por llevar a cabo violaciones grupales y golpizas extremadamente violentas a los novatos del cauce. En este contexto, el narrador da cuenta de su exitosa participación en varios allanamientos del sector. Para él, el cuerpo masculino de los jóvenes

subordinados se presenta como una forma simple de obtener placer sexual y, al mismo tiempo, como una forma triunfante de promulgar el dominio del territorio y la subyugación de los cuerpos, en palabras del narrador:

Sólo el Cauce podría ser la antesala de un río. Los niños que ahí viven son raptados por los pelusas. Participé en varios raptos. En primavera el sexo despierta. Un pelusa con hambre sexual se convierte en un monstruo. Nos juntábamos al amanecer, elegíamos un jefe de expedición y nos íbamos a la cloaca en busca de carne (...) El jefe tocaba nalgas y miraba piernas hasta que se formaba un criterio sobre la mercadería [...] aullando, como horda primitiva nos lanzábamos sobre ellos. (188)

En tales circunstancias, se logra comprender que el placer sexual que se manifiesta en la dominación de un cuerpo-objeto permite en lo inmediato saciar el deseo de placer y poder que impera en los hampones del río. El cuerpo-objeto no precisa de un sexo biológico que lo caracterice, o de un género que lo determine socialmente, pues su función es clara y apunta a la utilidad que deviene en el apetito del sujeto que lo desea. Dicha concepción se sustenta al concebir que “el cuerpo es tiempo y espacio y, en consecuencia es acontecer, lo que en términos ontológicos significa que es un constructo social” (García, 2014, 90) Resulta así, que el cuerpo posee la capacidad de ser dimensionado y figurado desde múltiples perspectivas, como también, desde múltiples sujetos.

A partir de esta concepción de cuerpo-objeto es posible pensar que los actos de violencia, homosexualidad y homoerotismo tienen como campo de acción, dentro de la novela, un objetivo preciso: el goce colectivo de los cuerpos dominados. En este aspecto, la masculinidad, tal como ya se ha mencionado, no mienta en *desviaciones* sexuales ni tampoco se pone cuestión, puesto que, en la persistencia de la dominación del otro se busca y se refuerza una imagen de superioridad dentro de un grupo social determinado. En este propósito, “el hombre debe mostrar su masculinidad, su virilidad, haciéndose cargo de las situaciones, teniéndolas bajo control” (Balgane, 2013, 86), siendo dicha exposición uno de los factores más peculiares que conforman la masculinidad, pues ésta debe ser demostrada constantemente, en

vistas de reforzar una imagen idílica del varón. En efecto, el macho hampón ejercerá la violencia, penetrará la carne y someterá los cuerpos en búsqueda de placer, estatus y dominio.

No obstante, si se subvierten las categorías de dominación, y es el propio hampón quien resulta mancillado y subyugado sexualmente por otros sujetos externos y contrarios al grupo, la situación se modifica radicalmente. En este sentido, la masculinidad valorada en los márgenes del hampa se estructura mediante la imagen de una masculinidad hegemónica, comprendiendo que dicha imagen “es la imagen de la masculinidad de aquellos hombres que controlan el poder” (Kimmel, 1997, 51). En este contexto, en *El Río* el narrador devela la crisis que se produce en el grupo delictual cuando uno de los hampones es sometido a la categoría de cuerpo-objeto. Dicha problemática atenta contra el compañerismo y la lealtad, pues, la premisa es la siguiente: “si [un pelusa] suelta el culo, también suelta al compañero” (Gómez Morel, 2012, 158).

De este modo, en el apartado nominado “Los pegadores”, Toño relata las desagradables circunstancias que proporcionan su expulsión del río. El narrador comenta cómo su cuerpo fue violentado sexualmente por uno de los pegadores más connotados del sector. Esta situación no sólo lo desacredita en el grupo delictual, sino que también, posibilita su rechazo por parte de los hampones superiores, causando su marginación del mundo “Mapocho”. Toño comenta:

Trate de hablar e intenté acercarme al más próximo. Rápidamente se me alejó como si yo hubiese sido un apestado. Se me alejaron todos. Panchín fue a nuestra casucha, entró, sacó mis viejas camisas remendadas y mi jergón, y lanzó todo al medio de las losas. Era el acto por el medio del cual se expulsaba del río a un pelusa.
(196)

La situación presenciada en este apartado de la obra, enseña el rechazo que el grupo marginal tiene del ladrón que, recién iniciado, no demuestra coraje o astucia para enfrentar a un “pegador”. Esto se comprende al visualizar que un “pelusa” al saberse a sí mismo con menor fuerza o habilidad que un hombre experimentado, debe preconcebir cuándo huir o descartarse de una situación que ponga en riesgo al grupo. De otro modo, sólo se le considerará un peligro

para la comunidad delictual a la que pertenece. Al mismo tiempo, esta parte de la obra literaria, permite visualizar cómo la pasividad sexual entre hombres es vinculada a la homosexualidad desde su perspectiva de rechazo social, aún dentro del contexto marginal, ya que “para el hampa un hueco es un individuo en toda forma despreciable. Los hay de diferentes categorías: los declarados, los que lo son en secreto y aquellos que provienen del cauce” (Gómez Morel, 2012, 189). En este sentido, cabe mencionar que la homofobia explica no sólo la manera en que entendemos las relaciones entre hombres heterosexuales y homosexuales, sino también cómo funciona la construcción de la masculinidad” (Kimmel, 2008,16), la cual se basa en el dominio, el control y el poder.

Desde este quiebre en la narración Gómez Morel explicita las dificultades y peripecias que atravesó para lograr volver a conseguir honor, respeto y un lugar en la jerarquía del hampa santiaguina. Mediante imágenes entrecortadas, el narrador da cuenta del rechazo a las normas del río: no valida su expulsión y no se somete a la degradación de ser un nuevo muchacho del “cauce”, pues a pesar de saberse violado y ultrajado no se siente ni se considera un cuerpo-objeto, ni tampoco *menos hombre*. Así pues, comienza un nuevo viaje personal que le permita, ante los ojos del grupo, subjetivarse nuevamente como un macho delincuente.

Para ello, Toño ambiciona traspasar las jerarquías delictuales en otro contexto más peligroso y audaz que el río, con el propósito de recuperar aquella honra arrebatada tras la dominación que sufrió su cuerpo.

En este contexto, la cárcel pareciera ser el único lugar que le permitiría consagrarse como un criminal de “profesión”, puesto que en el mundo marginal del hampa la cárcel brinda al sujeto delictual la más alta connotación dentro del grupo. En la cárcel la situación no cambia, pues la noticia del muchacho violado traspasó, incluso, las rejas de la prisión:

Hasta los novatos se permitían despreciarme. Sentí asco de mí mismo, nuevamente. La marca del cauce perseguía más allá de las distancias. Sin embargo seguía afirmándome a la idea de continuar con ellos. Trataba de ganarme consideración. Reía por cualquier estupidez que dijeran, adoptaba posturas serviles y denigrantes. Me estaba hundiendo en un pozo turbio y sin ser humano

sin razones, sin un solo motivo para seguir viviendo. Pero aún vivía. Me defendía. Seguía esperando. Buceaba para no hundirme. (207)

En este proceso Toño transita desde la inexperiencia de un joven ladrón a las enseñanzas de los experimentados hampones del lugar. Su crecimiento en el ámbito delictual, se ve acompañado de múltiples encuentros y artimañas que le permiten, poco a poco, posicionarse como *alguien* dentro del mundo carcelario. Constantemente debe demostrar que él se constituye como hombre: viril, violento y audaz y que es digno de ser respetado como un “choro” entre “choros.”

En este aspecto, resulta interesante evidenciar cómo la obra da cuenta del proceso de subjetividad que construye al sujeto Gómez Morel. Destaca en este aspecto, su rechazo a las normas tanto de la ciudad, como las del río. Para él, la masculinidad se construye más allá de los usos del cuerpo, puesto que éste sólo es, para el narrador, un instrumento que permite la supervivencia en los márgenes de la sociedad. Toño no es ni se considera un muchacho del cauce, un homosexual, un mocito o un cuerpo-objeto. Esta premisa de desacato sólo será aceptada por sus pares una vez que Toño logre validar su hombría mediante acciones que justifiquen su honor, tal como fue su robo al embajador:

Este robo al embajador tuvo mucha importancia en mi formación delictual. Me concedió cierto ascendiente dentro del grupo. Fui enviado al reformatorio y a los tres días ya se había cumplido el vaticinio del sargento, salí en libertad y regresé al río. Noté un cambio. Ya no se me miraba con desprecio evidente. Se disimulaba metódicamente la resistencia que inspiraba mi pasado y lo que me sucediera con el Cafiche España. (236)

Demostrar la osadía de un buen crimen resulta el mejor método para ganarse el respeto hampón. Dicha osadía, al mismo tiempo, valida la hombría de un varón dispuesto a todo, puesto que en sus acciones se verifica el valor social de una identidad masculina homogénea. En este punto, cabe señalar que la subjetividad masculina del narrador es mediada por una subjetivación social que deviene del contexto marginal, cuyas normas y conductas colindan con la imagen masculina homogénea y dominante de la cultura occidental. No

obstante, queda manifiesto en transcurrir de la narración que para Gómez Morel no existe una delimitación genérica de base cultural o normada que estructure radicalmente la imagen que este proyecta sí mismo. Para Gómez Morel no existe una coherencia rígida entre el sometimiento sexual (tanto actuándolo como padeciéndolo) y la hombría, ya que, según narra su imaginario, los actos de violencia y dominación son simplemente devenires de las conductas marginales que se manifiestan en un contexto determinado de abandono y desnormalización.

Así pues, recordando a Judith Butler (2007) podemos considerar que uno de los actos más importantes que permiten el proceso de subjetividad, consta en romper con la coherencia interna que subyace de “la unidad de experiencia” entre el sexo, género y deseo (80), para dar pie a una construcción interna y particular de aquellas experiencias que cada sujeto posiciona y hace de sí mismo activamente.

De este modo, en la cárcel de Valparaíso, el narrador aprende los nuevos códigos morales que hacen de un delincuente un *hombre de valor* en el contexto carcelario, y meticulosamente, logra conseguir su propósito: se convierte en el tan anhelado “choro” que siempre se propuso ser, aquél macho hampón en se proyectó desde pequeño. Un *anormal*⁸ ante la sociedad normada y también ante los códigos del río. Para Gómez Morel la concepción libre del cuerpo permite traspasar las barreras de mera identificación (de grupo en este caso) para dar paso a un proceso de relación entre su yo-sujeto y su yo-subjetivado.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Al comprender la identidad como un flujo de características dadas por la sociedad, se puede asimilar cómo dicho constructo cultural supedita la pasividad de un individuo al reconocerse, en su ejercicio de habitar en el mundo, con aquello socialmente dado. La construcción de la identidad legitima al hombre social cuanto éste considera que su proyecto de identificación personal (al atribuir y diferenciar las características que le definan) sólo da lugar cuando se identifica con los otros. En este registro, se ha visibilizado cómo el proceso de identificación personal que comienza a desarrollar el narrador una vez

llegado al río, da cuenta de la identificación social que éste desarrolla con el grupo delictual que reside en el lugar.

En este punto, la identidad que define al hampón logra homologarse con la identidad masculina homogénea, al visualizar que ambos constructos tienen como base la predominancia de conductas, valores y actitudes similares, tales como la violencia, el poder, la dominación, la lealtad, la camaradería, entre otros. No obstante, avanzada la narración, se ha dado cuenta del momento en que dicha relación, aparentemente homóloga, se torna problemática en la obra, una vez que la concepción y uso del cuerpo escapa de los constructos “masculinos” culturalmente aceptados para él. De este modo, se logra evidenciar cómo los actos de violación sexual entre sujetos del mismo sexo, no tiene mayor relevancia en el mundo del lumpen siempre y cuando el dominador sea el hampón. En otras palabras, comprendemos que un delincuente puede aceptar y realizar prácticas catalogadas como homosexuales, si estas se presentan como medio para el beneficio del hampón, y sin que por ello pierda su hombría.

Empero, si el delincuente resulta ser dominado por otro (o violado si se quiere), pierde en parte su “hombría” al mismo tiempo que su calidad de “choro”, siendo expulsado del lumpen. De este modo, la limitación del constructo de identidad, provoca en Gómez Morel, re-construirse a sí mismo mediante un proceso que merma entre la subjetivación social y la subjetividad masculina. En este contexto, una vez que decide rechazar el juicio del grupo (identidad social) y modificar su relación con el género rompiendo los moldes de la identidad masculina, se sitúa como un sujeto un tanto más libre en su quehacer delictual, quebrando la unidad de experiencia de su género, hacia un acto performativo donde el cuerpo es objeto de uso en relación a los múltiples beneficios que éste le puede otorgar.

Por consiguiente, cabe destacar que al analizar la obra literaria *El Río* desde una perspectiva de género en torno al constructo marginal de masculinidad, se ha visualizado una compleja dimensión sub-cultural que rompe o transmuta los patrones rígidos que, hasta entonces, habían posibilitado de hablar de lo masculino como algo erróneamente unívoco. Así, la masculinidad en el mundo marginal y delictual, se constituye como una híbrida repercusión de acontecimientos (múltiples y siempre cambiantes) que apelan al instinto y

la supervivencia de situaciones que se enmarcan más allá de leyes o conductas propias de una sociedad normada.

NOTAS

- 1 “Han pasado los años y este clásico de la miseria se ha impreso muchas veces. Pero siempre lo ha hecho con su camisa española y hablando, no sólo el idioma, sino la amarga verdad que tuvimos que compartir con horror desde que tuvimos conciencia de los destinos humillados, de la ignominia que mancha las manos de América Latina. Es la primera vez que saca la cabeza más allá de los mares. Ahora se dispone a mirar a los elegantes europeos a los ojos e interrogarlos clavándole una mirada implacable. No hay exotismo, sino estiércol humano, como dice Gómez Morel en estas páginas” (Neruda, 1978, 121-122)
- 2 Resulta interesante destacar el trabajo recopilatorio de Manuel Zamorano (1967) quien elabora un detallado estudio sobre la categorización de las pandillas en la obra literaria *El Río*.
- 3 Según la RAE la palabra *huacho* es de origen quechua. Tiene, por lo menos, nueve acepciones contextualizadas en la región de América Latina y se utiliza, frecuentemente, para referirse a una persona indigente o huérfana. No obstante, en Chile, la palabra huacho refiere al término que se usa para nombrar a un hijo de madre soltera, no reconocido por el padre. Según Sonia Montecino, (1991) la palabra huacho apela a un significado que apunta al abandono y la pobreza de un sujeto, no obstante, alude a una serie de connotaciones diferentes que se presentan como una ontología del término: “Huacho, una denominación que sirve para referirse al animal que ha salido de su rebaño, pero también a quienes no poseen bienes [...] en el mundo andino fuera de tener connotaciones de pobreza específica [es] un estado de ánimo, de soledad, de abandono, de no tener a quien acudir” (185)
- 4 Para Gabriel Salazar (2006) dicha carencia social se vincula directamente con el instinto de supervivencia y se presenta como una de las aristas fundamentales que impulsan a los niños a abandonar el hogar y, al mismo tiempo, dicho vínculo condiciona la naturalidad con que éstos se asocian como grupo: “Nuestra única posibilidad radicaba en buscarnos entre nosotros mismos, puertas afuera. En construir algo “entre” los huachos, “por” los huachos y “para” los huachos. Estaba claro: teníamos que apandillarnos o morir” (45).
- 5 Por ejemplo, poner en juego prácticas consideradas homosexuales para conseguir prestigio dentro de la cárcel o como estrategia para evitar ser objeto de violencia estando en una situación de indefensión. Situaciones narradas en “Los pegadores” (191-194), “La expulsión” (195-197), “Cárcel de Valparaíso” (204-211) y “El paco Aceituno” (212-219).
- 6 La relación entre norma y sujeto dentro del proceso de subjetivación es ampliamente analizado por Judith Butler (2017), quien sostiene que las normas además que poner marcas sobre los cuerpos, también los produce. No obstante, el

sujeto tiene la capacidad de adecuar o servirse de aquellas normas para la construcción dinámica de sí. En sus palabras: “Para ser un sujeto en el amplio sentido del término es preciso, ante todo, encontrar la forma en que uno se adecúa a ciertas normas de reconocimiento, que no son nunca elegidas, y dejar que esa forma llegue a nosotros y se desarrolle en nuestro interior con toda su fuerza cultural, que nos estructura y a la vez nos anima” (46).

- 7 En este punto, cabe destacar el estudio de tesis de Gonzalo Sanhueza (2011) quien investiga los detalles de la composición del sujeto narrador y del sujeto autor de la obra *El Río*.
- 8 Utilizamos el término en consideración a los postulados de Michel Foucault tratados en su texto *Los anormales* (1999). Allí, el filósofo francés presenta una genealogía de individuos peligrosos que anteceden o permiten presentar posteriormente el problema de la anomalía (o los anormales si se quiere); para ello pasa revista a tres figuras que se han enmarcado en la historia como símbolos constituyentes de las instituciones de control, los mecanismos de vigilancia y las elaboraciones teóricas (el campo del saber). En palabras de Foucault: “Para indicar esta especie de arqueología de la anomalía, puede decirse que el anormal del siglo XIX es el descendiente de estos tres individuos, que son el monstruo, el incorregible, y el masturbador.” (Foucault 65). Brevemente podemos señalar que la figura del monstruo apela al sujeto que transgrediendo las leyes de la naturaleza, también transgrede las leyes sociales, combinando lo imposible con lo prohibido. La figura del incorregible apunta a resistencia de la domesticación del cuerpo y, por ende, de la formulación de técnicas de normalización presentes en las instituciones, mientras que la figura del onanista (masturbador) aborda el problema del cuerpo y su uso enfocado al placer versus el acto reproductivo (auto-placer propio de la sexualidad infantil) deviniendo la normalización del cuerpo y la posterior construcción disciplinante de la familia y la procreación.

BIBLIOGRAFÍA.

- BADINTER, Elisabeth. *XY la identidad masculina*, Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- BALGANE, Crithian. “Macho se hace a los golpes”. *Revista tram[plas] de la comunicación y la cultura*, 74 (2013): 85-90.
- BENGOA, José. “El estado desnudo. Acerca de la formación de lo masculino en Chile”. *Diálogos sobre el género masculino*. Comp. Sonia Montecino y María Elena Acuña. Santiago: Bravo y Allende Editores, 1996. 63-82. Impreso.
- BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000.

- BUTLER, Judith. *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires: Paidós, 2016.
- _____. *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Buenos Aires: Paidós, 2017.
- CONNELL, Raewyn. *Masculinidades*. México D.F: Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria. 2003.
- DARRIGRANDI, Claudia. "Niños en la ciudad: multitud, masas e infancia en la narrativa chilena (1930-1965)". *Taller de letras*, 56 (2015):11-25.
- DELEUZE, Gilles. *Empirismo y subjetividad*. Barcelona: Gredisa, 2007.
- _____. *La subjetivación. Curso sobre Foucault. Tomo III*. Buenos Aires: Cactus, 2015.
- DE LA PARRA, Marco Antonio. *Sobre los hombres (o lo que queda de ellos)*. Santiago: Grijalbo, 2003.
- ELTIT, Diamela. "Cuerpos desechables. Relaciones entre poder y sexualidad" *Patrimonio cultural* 30 (2004): 6-7.
- FERNÁNDEZ, Marcos. "Pobres, borrachos, violentos y libres: notas para la reconstrucción de identidades masculinas populares del siglo XIX". *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*. Ed. José Olavarría, y Rodrigo Parrini. Santiago: FLACSO, 2000.
- FOUCAULT, Michel. *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- GARCÍA, Juan. "En busca del cuerpo como acontecimiento". *El cuerpo y sus expresiones*. Eds. Óscar Barroso y Ricardo Espinoza. Granada: Universidad de Granada, 2014.
- GARCÍA, Jorge. "La reproducción de microculturas patriarcales y masculinidades hegemónicas a través del teen pop". *Innovación educativa* 26 (2016): 143-153.
- GÓMEZ MOREL, Alfredo. *El Río*. Santiago: Tajamar Ediciones, 2012.
- KIMMEL, Michael. "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina". En: Valdés, Teresa y Olavarría, José. *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago: FLACSO, 1997.
- _____. "Los estudios de masculinidad: una introducción". *La masculinidad a debate*. Eds. Ángels Carabí y Josep Armengol. Barcelona: Icaria, 2008.
- KAUFMAN, Michael. *Hombres, placer poder y cambio*. Santo Domingo: CIPAF, 1989.

- LAMAS, Marta. "Diferencias de sexo, género y diferencia sexual". *Revista Cuicuilco*, 18 (2000): 1-25.
- MONTECINO, Sonia. *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Santiago: Catalonia. 2010.
- NERUDA, Pablo. *Para nacer he nacido*. Barcelona. Editorial Seix Barrial. 1978.
- OLAVARRÍA, José. *Sobre masculinidades: "ponerse los pantalones"*. Santiago: Editorial Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2017.
- OPAZO, Cristián. "De armarios y bibliotecas: masculinidad y tradición literaria en la narrativa de Alberto Fuguet" *Revista chilena de literatura*, 74. (2009): 79-98.
- SALAZAR, Gabriel. *Ser niño "huacho" en la historia de Chile. (Siglo XIX)*. Santiago: LOM, 2006.
- SANHUEZA, Gonzalo. *En torno al sujeto Gómez Morel*. Tesis de magister en literatura. Santiago: Universidad de Chile, 2011.
- ZAMORANO, Manuel. *Crimen y Literatura*. Santiago. Editorial Universitaria. 1967.